



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Plaza de la Catedral, 6. 02001. Tifs. Redacción: 967 219311 967 219350. Fax: 967 210781. Administración: 967 210000. Fax: 967 248704. ALICANTE: Avda. Óscar Esplá, 4. 03003 Alicante. Tif. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/ Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tif. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. ELICHE: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tifs. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Monteagudo-Edificio 'La Verdad'. 30160 Murcia. TELEFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. Correo electrónico redacción: lectores@la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. Correo electrónico publicidad: publicidad.lv@la-verdad.com. Difusión controlada por CJD. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



Calderón,
cuatro siglos
después

I
■ **He aquí, a salvo,** venciendo a nuevas apetencias y modernidades al uso, el Barroco calderoniano. José María Benet lo ha asegurado recientemente: «Vi un Calderón en Edimburgo y era un Shakespeare total». Y añade todavía, doliéndose de nuestros vigentes montajes teatrales más o menos caseros: «Los alemanes tratan mucho mejor a Calderón que los españoles».

De nuestro archivo desempolvamos, sin embargo —una golondrina no hace verano—, la crítica de Alfredo Marquerie correspondiente a una lejana y excepcional versión de *La cena del Rey Baltasar* en el Teatro Español, de Madrid, «parigal a las mejores realizaciones que hemos visto en los grandes escenarios europeos». Dato decisivo: al éxito, según el ilustre crítico, contribuyó la impecable interpretación de nuestro Paco Rabal, muy joven por entonces. Ni que decir tiene que, con los intérpretes, tuvieron que salir a saludar entre atronadores aplausos José Tamayo y Roberto Carpio, éste último empeñado, muchos años más tarde, en llevar a cabo la realización de un soberbio montaje escéni-

co en la sede del Festival Nacional del Cante de las Minas, de La Unión, sobre el tema de la historia minera de la ciudad, proyecto que nunca se llevó a cabo.

Decíamos. En el llamado Año Calderón andamos. A su favor, interesantes proyectos. Nos llega la noticia de que nuestro César Oliva montará «El encanto sin encanto», junto a un atractivo índice de títulos dirigidos por Tamayo, Laila Ripoll, Belbel y un nutrido etcétera. Volverán de este modo a tomar cuerpo, una vez más, personajes como el alcalde de Zalamea, la dama duende. Segismundo, Gea, Narciso... Que el universo calderoniano ande hoy en plena vigencia es harina de otro costal, claro. Honor, honra, patria, fe y otros patri-



monios del alma, que se sepa, ya no constituyen temas que subyuguen y encandilen al españolito de hoy, más atento a la cobertura de su teléfono móvil, a la aventura de Internet y a los guiones de Almodóvar.

Que el tema, dados su migajón y profundidad, exigiría toda una banda de sustanciosos cursillos antes que estas breves y modestas consideraciones, a la vista está. Telón, pues.

II
■ **Juró el hombre** inteligente no volver jamás a darle paso a un sentimiento nunca por él advertido hasta aquel día: el tedio o aburrimiento.

III
■ **Cometa del sol,** en manos de ese niño grande que es Dios.

IV
■ **Metáforas, lujo del** lenguaje del pueblo, poetas oficiales aparte. Valgan los ejemplos de urgencia que siguen. Charco tras la lluvia: agua dormida. Cúpula de la iglesia: media naranja. Rayo ígneo: sacacorchos. Espuma del oleaje: ola con mantilla. Melocotón maduro: culo de doña Mari-Pili...

V
■ **Frente al reloj,** dolíose el desgraciado: «¡Qué jornada tan larga!». Quejose a su vez, el reloj mirando, el hombre feliz: «¡Qué jornada tan corta!».



VI
■ **Banderas al aire,** verbena de la ropa tendida en la terraza, tarjeta postal que

hace detenerse al pintor que se promete a sí mismo pintar cualquier día el tema.

VII
■ **Paisajes hay un tanto** misteriosos en los que el excursionista encuentra el eco antes que la palabra.



VIII
■ **Grupo de amigas** atendiendo a una de las fanáticas fans de Chayanne, traspuesta ante la exitosa actuación de su ídolo.

El minicuento de urgencia La noche del miedo

Alloose de pronto la Gregoria corrándole al pan de la noche las rebanadas del miedo. Se acostó pronto, poseída por un oscuro pavor, navegando enseguida dentro de la blandura mollar de las sábanas, sin pegar ojo, alcanzada por ruidos siniestros, misteriosos crujidos que, ciertamente, podían proceder de los vulgares trajes de una carcoma de la cómoda o del paso de una rata por el cielo raso, pero también del otro mundo o de las pisadas del posible ladrón, atisbador del momento oportuno para birlarle el bolso con el importe de la venta de unas tahúllas de su propiedad, aquella tarde cobrado, cantidad que al día siguiente ingresaría en su libreta de ahorros. Abrazada a su soledad, gastados ya todos los rezos a favor del alma del marido y de los pasos del único hijo, allí insertado en la aventura del Uruguay,



entendió que el sueño no acudiría a su llamada, y ya todo fue un ir y venir del coro al caño, quiere decirse de la cama a la cocina, vaso de agua en ristre, cara al alivio de un «termalgin»; del baño a la salita de estar, por repasar aquellas ventanas por las que primeramente entraban las luces del amanecer.
—¡Señor, que venga pronto la mañana!
Vino, ya la Gregoria vencida por todos los terrores, por la tardanza de los primeros rayos del sol que ahora, ya sí, atravesando los cristales, comenzaba a alfombrar de oro la casa. Abrió de par en par la puerta de la calle. «No, a mí pisos, no: bajos siempre. A la mano, la vida: la vecina que te da los buenos días, el niño que endereza sus pasos hacia la escuela, el vendedor ambulante pregonando la fresca fruta...». ¡La de

veces que la Gregoria había hecho hincapié en sus apetencias de puertas abiertas, vencedoras de algún modo de su soledad! Y fue precisamente entonces, bebiéndose ella todavía el primer trago de sol vivificante, cuando el ladrón penetró tan ricamente, como Pedro por su calle, en la casa de la Gregoria, apoderándose del bolso embarrado de billetes.

Atónita en un principio, a sabiendas luego de lo que está escrito se cumple, amén de la certeza de que todo cuanto ella hiciese por recobrar el bolso inútil iba a resultar a la postre, la Gregoria vino a caer en la cuenta de que con las preocupaciones pasadas apenas había llegado a probar bocado la noche anterior y menos a desayunar en la presente mañana, suma de causas por las que hubo de enderezar sus pasos hasta la despensa, en la que, cuchillo en mano, vino a cortarle el lado más apetitoso al tocino negro que colgaba de un gancho, oreándose; precisamente el correspondiente a la parte más golosa a la vez que más prohibitiva, léase zona del colesterol. A gloria le supo.